Transformar el dolor

El arte como forma de sanación para las víctimas del conflicto en Bogotá

Tesis de grado

Textos y fotografías: Sebastian Muñoz López
Directora de tesis: Fernanda Barbosa Dos Santos
Apoyo visual: Rafael Valenzuela - Luisa Sarmiento
Asesores Multimedia Coach- CRAI

Universidad del Rosario
Teléfono: 2970200
Dirección: Calle 12C No. 6-25 Bogotá D.C. Colombia
Escuela de Ciencia Humanas - Universidad del Rosario

Reunión Costurero de Suba, mayo 2021 - Foto por Sebastian Muñoz López

Transformar el dolor: el arte como sanación para víctimas del conflicto armado

El arte es utilizado como un remedio para el dolor por parte de colectivos de víctimas en Bogotá, entre ellos, Costurero Kilómetros de Vida, Costurero de Suba, Madres de Soacha, Afrodes y la Asociación Afrocultural Neftali Mosquera. Diferentes estrategias permiten la transformación del dolor por medio del arte, como la analogía (usar al cuerpo u objetos como símbolos del dolor y de su reparación), la memoria (el recuerdo del ser querido que combate la estigmatización), la cultura ancestral (principalmente en los pueblos indígenas y afrocolombianos) y la comunicación (con la visibilización de los procesos de los colectivos).

Los símbolos, el diálogo y la construcción colectiva están íntimamente vinculados a la sanación por el arte. Las personas se visten de colores para representar sentimientos: “La estrategia de pintar sus cuerpos es muy bella, porque algunas pueden grabar en el cuerpo de otra persona imágenes que les han marcado. Han dibujado con pintura pistolas y cuchillos, otras dibujan flores, arcoíris, que representan su nuevo renacer, mientras cuentan lo que les pasó”, afirma la socióloga Juliana Gil, quien ha enfocado su trabajo ayudando a víctimas a sanar a través del arte.

Sin embargo, no todos los lenguajes son sanadores. Integrantes de los colectivos mencionaron reportajes de prensa que estigmatizan a las víctimas o se apropian de sus voces de forma errónea, intentando hablar por ellas. También ha sido un equívoco considerar a las personas afectadas por el conflicto como un todo homogéneo: cada experiencia es específica y tiene sus particularidades. Es por eso que este reportaje prioriza los relatos de las personas afectadas, pues sus voces permiten entender las estrategias de sanación por medio del arte a partir de sus propias experiencias.

Son más de nueve millones las personas que han sido víctimas en el marco del conflicto armado interno, según números del registro único de víctimas (RUV), de la Unidad para la Atención y Reparación Integral las Víctimas. El uso del arte como herramienta de transformación del dolor se da en un contexto de escasez en la atención psicosocial brindada por el Estado. El Programa de Atención Psicosocial y Salud Integral a Víctimas del Conflicto Armado (PAPSIVI), la entidad encargada de crear e implementar estrategias para la atención psicosocial de víctimas del conflicto armado, solo atendió a 444.062 víctimas en todo el país en el período de 2014 a 2017, según datos del Ministerio de Salud. Según testimonios de las personas afectadas por el conflicto, la atención a la salud mental ofrecida por las entidades estatales no fue suficiente, por lo que surgieron nuevas propuestas de sanación.

El cuerpo como símbolo

Fue en el cementerio de la 26 con 28, en el Centro Nacional de Memoria. Varias compañeras estaban nerviosas. Ser enterradas vivas les causó muchísimo miedo. En vida a uno no lo entierran, a uno lo entierran cuando se muere, y eso no lo ve uno. Pero conmigo había sido distinto. La idea había rondado mi cabeza durante mucho tiempo. Cuando me lo propusieron, dije: ¡de una!

Las otras compañeras estaban nerviosas, dizque porque la tierra estaba muy fría y otras amigas se habían resfriado. "¡Ay no, con tierra y cementerio, peor!", exclamaban.

Fue de una. Ahí abrieron el hueco. Todo esto que uno hace es otra forma de sanarse. Cada palada de tierra que me echaban, que va presionando el pecho porque está cayendo encima. Es sentir la presión de esa tierra y no poder respirar, porque si respiraba la tierra se me caía de encima. La persona que me echaba la tierra la aplanaba en mi cuerpo, para que quedara sólida. Yo intentaba aguantar la respiración, para no tener que volver a empezar todo.

Cuando dijeron "ya terminamos", solté una bocanada de aire y respiré profundamente. "Ahora sí puedo respirar", pensé. Empezaron a quitarme la tierra. Yo empezaba a sacudirme. Me limpiaba la tierra, y en el fondo me preguntaba: ¿qué me estoy limpiando? No me estoy limpiando de la tierra, me limpio, me libero, me imaginaba como el ave fénix, que sale de las cenizas: yo salí de la tierra. Me limpiaba de la rabia, de la injusticia, del sentimiento de impotencia. Me limpio de imaginarme el momento final de mi hijo, de pensar que no hubiera nadie que los ayudara. Eso fue lo que yo sentí en ese momento: liberarme, limpiarme, poder respirar. Fue algo muy bonito.

Tejido realizado por Beatriz Méndez - Foto por Beatriz Méndez

Beatriz Méndez, del colectivo Madres de Soacha, cuenta la experiencia de enterrarse viva como forma de sentir el ritual funerario para su hijo. "Mi hijo no va a morir. Ellos mueren dos veces: el día en que uno los entierra y el día en que uno los olvida", afirma. El arte, en este caso el performance, se vuelve una herramienta de sanación.

Beatriz es madre de una víctima de los “falsos positivos”, es decir, el asesinato de civiles por parte de miembros del Ejército Nacional, haciéndolos pasar por guerrilleros muertos en combates a cambio de un bonus en la institución. Son la manera informal utilizada por la prensa para nombrar las ejecuciones extrajudiciales, que, según la Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) ascendieron a los seis mil casos entre 2002 y 2008.

Procesos de sanación por medio del performance, como el que hizo Beatriz, incluyen convertir a su propio cuerpo en un símbolo que debe transformarse. La persona realiza analogías, es decir, una relación de semejanza entre el cuerpo y el significado de su experiencia, mediante el baile, el canto y la pintura. Este tipo de ritual revive la historia trágica y permite un cambio simbólico.

“Los rituales permiten darle significado a algo que es difícil de significar”, manifiesta Silvia Rivera, psicoanalista, psicóloga y docente de la Universiad del Rosario. Para ella, el cuerpo puede convertirse en un símbolo, en el que, mediante performances, teatro o música, se busca representar la situación dolorosa y brindarle un final alterno. “Esa comparación entre el cuerpo y la experiencia vivida no es siempre consciente; es decir, se puede generar a través de la práctica artística de una forma inconsciente para la víctima”, explica la filósofa Alice Peñalba, en su artículo “El cuerpo en la música a través de la teoría de la Metáfora de Johnson”.

El arte ayuda a sanar memorias dolorosas, heridas emocionales o traumas. En su trabajo con superación de trauma y conflicto armado, Silvia Rivera afirma que el trauma es, en esencia, una ruptura con una forma de pensar y concebir la propia vida. “En medio del trauma, los elementos simbólicos que le permitían entender su entorno y a sí mismo, desaparecen o cambian de manera radical. Esto hace que la persona tenga que pensarse a sí misma de otra manera”, explica.

El revivir situaciones dolorosas, como la muerte de un hijo, para dotarle un sentido, tiene un vínculo íntimo con los rituales, es decir, con las prácticas que se repiten,

sean ellas religiosas o no, que ayudan a traer diferentes significados a la vida.
En la analogía con el cuerpo, las presentaciones y la danza son parte de un ritual de conmemoración y duelo.

"Los rituales dan un lugar en el lenguaje a eso que es imposible de entender. Por ejemplo, la muerte es inabarcable, imposible de entender", comenta Silvia.

La psiquiatra Nadia Saavedra, junto a las psicólogas Angélica Pizarro y Flavia Taramasco, realizaron una investigación relacionada con los daños en la salud para las personas cuyos familiares han desaparecido de forma forzada. Ellas explican que el ritual simbólico del entierro permite darle sentido al duelo de los seres queridos. Cuando se imposibilita el entierro, el duelo se prolonga en el tiempo, porque no existe la despedida simbólica del cuerpo de la persona desaparecida.

La sanación por medio de prácticas artísticas que simbolizan el dolor y una forma de enfrentarlo también es utilizada por la Fundación Mencoldes, organización enfocada en ayudar a transformar la vida de personas en situación de vulnerabilidad en el país. Una de sus pacientes, Sirley María Acevedo, afirma que la técnica le hizo sentir que se había reconstruido.

El hermano de Sirley, su hija y ocho familiares más fueron desaparecidos. El hecho afectó su autoestima y amor propio. Después de haber sido atendida por varios psicólogos del Estado, y no sentir una mejora, llegó a la Fundación Mencoldes. Allí, conoció al psicólogo Rosenberg Inpuz, quien trabajaba con la sanación a partir del arte, la pintura y la analogía. Hoy en día, los rostros de los familiares desaparecidos de Sirley cuelgan en un mural al frente de su hogar, a la vista de todos. Ella afirma que verles le brinda fuerza y un sentido a su causa, para querer ayudar a las demás personas.

Reunión Costurero de Suba, mayo 2021 - Foto por Sebastian Muñoz López

Después del hecho victimizante, yo salí… como con un ataque depresivo, crisis nerviosa. Hasta mi propia familia me hacía sentir culpable por todo lo que ocurrió. Cuando llegué a Mencoldes, las personas me hicieron entender que las cosas pasan porque tienen que pasar, que uno no tiene que buscar culpables ni nada. A mí se me borró el casete. Se me apagó el chip. Yo no sabía ni quién era ni nada. Quería acabar con todo el que estuviera por delante. También quería que acabaran con mi vida. Como que yo no valía nada. Hasta que apareció el psicólogo Rosenberg Inpuz, de la Fundación Mencoldes.

En una de sus sesiones, me regaló un plato nuevo. Me dijo que debía imaginar que ese plato era yo. Me puse a organizar el plato y a ponerlo bonito. Me puso a pintar en el plato cosas bonitas en el lado derecho, y todo lo feo por el revés. Me pregunto cuál lado me gustaba más. Uno siempre escoge lo más bonito, entonces dije que el lado de adelante. Rosenberg me dijo que lo tenía que romper. Y yo exclamé: "¡ay! No, yo no lo quiero romper. Me lucí pintando bien bonito ese platico. Está muy bonito. Yo lo quiero conservar así". Él me pasó una piedra y me dijo que le diera con toda la rabia que quisiera. ¡Tenga! Lo rompí. Al romperlo, sentí que era como me habían vuelto a mí: un montón de pedazos rotos.

Después, me dijo que debía reconstruirlo. Vamos a pegarlo, para que miremos las cicatrices y decoremos las cicatrices. Y vamos a pegar piecita por piecita. Yo dudaba poder volver a reconstruirlo, estaba vuelto harinas. "Lo vamos a armar. Podemos armarlo", insistió él. Decoré las cicatrices con escarcha de todos los colores. Al final, las cicatrices se veían como oro y como plata. "¿Si ve que sí pudo armarlo?", me decía. Sentía que me había reconstruido. Me pidió que cuidara el plato y no lo volviera a dejar romper. En ese punto, comprendí que podía seguir adelante y superarlo todo.

El testimonio de Sirley Acevedo muestra el vínculo que existe entre el ritual, la analogía con el objeto –el plato– y el tratamiento o dolores emocionales. Sin embargo, eso no significa que el sufrimiento haya sido completamente sanado. Uno de los principales debates del psicoanálisis y de la psicología es sobre si es posible o no sanar traumas en las víctimas. Silvia Rivera considera que los traumas no pueden ser sanados: “hay pérdidas que son irreparables, como perder a un hijo. No hay manera de restituir aquello que se perdió. Hay que aprender a vivir con ello”, afirma Silvia. Sirley Acevedo es la viva representación de poder seguir adelante, a pesar de la adversidad.

Estrategía simbólica a través del dibujo para recordar a su hijo - Dibujo y fotografía realizado por Rubiela Giraldo

Arte y memoria: Sanación colectiva

Cuando era muy joven, fui desplazada de la finca en donde vivía, en Tumaco. La primera tela que yo hice simula el campo en el que yo quisiera que viviéramos. El campo que era antes, en donde uno podía caminar por todas partes y no había minas quiebra patas ni banderas invisibles. Cuando era pequeña, no entendía por qué había salido de mi finca y no volvería jamás. Era una finca hermosa. Vine a comprender ya vieja por qué me salí de ahí. Esa tela me ayudó a entender y a sanar el abandono de mi hogar. Tengo una tela verde de unas muñequitas. Me costó mucho tiempo elaborarla. Es una tela que ha viajado por varios países y ciudades de Colombia. Esa tela significa un desplazamiento. Representa cómo han sacado a la gente de su territorio, y la gente por salvar su vida se van sin nada.

Marina Salazar, miembro del Costurero de Suba - Fotografía por Sebastian Muñoz López

El relato de Marina Salazar muestra la razón por la cual el Costurero de Suba se reúne de forma periódica para construir tejidos y coser diferentes proyectos relacionados con la sociedad colombiana, el medio ambiente y la paz. Ella considera que los costureros son esenciales para poder narrar una historia distinta del país: “lo importante es tejer este tejido social que está tan desbaratado”, comenta.

El trauma causado en el marco del conflicto armado no solo afecta a las víctimas, sino también a otras personas que tienen sus vidas traspasadas por la violencia, aunque solo la hayan acompañado por los medios de comunicación. La sanación también es un proceso que se debe generar de forma colectiva por la sociedad colombiana, según Juan Manuel Lara, psicólogo y miembro del Costurero Kilómetros de Vida, organización que tiene como objetivo reunir a víctimas del conflicto armado y contar sus historias a través del tejido y el arte. Él considera que también existen enfermedades sociales. “Varias personas legitiman que se asesine y que se mate, utilizan la excusa del ‘por algo fue’ para justificar los crímenes en el país”, afirma. Esa justificación de los crímenes, aunque verbal, juega un papel importante en el imaginario de la sociedad, según el experto. El lenguaje, en este caso, puede ayudar a sanar o profundizar las heridas de las víctimas del conflicto.

El estigma y el señalamiento a los colectivos y a las víctimas dificulta los procesos de sanación. “La sociedad tiene que dejar de culpar a las víctimas por su situación.

Telas de diferentes costureros de Bogotá arropan la fachada de la Comisión de la Verdad en el Día de las Victimas - Fotografía por Sebastian Muñoz López

Ellas no son culpables por ser de izquierda, ni por ser indígenas ni por ser negros, sino que esto [la violencia] no debió pasar en un primer lugar", afirma Claudia Girón, psicóloga con maestría en derechos humanos. Las amenazas, entonces, funcionan como mecanismos de acallamiento de voces que buscan denunciar una situación de injusticia.

La psicóloga, además, considera que la "enfermedad" de la sociedad colombiana parte desde el desentendimiento y de la distancia que muchos sienten en relación a las problemáticas del país. "La gente cree que esto es cuestión solo de las víctimas o de los victimarios, que es su problema y que no tienen nada que ver en ese cuento", afirma. Junto al senador Iván Cepeda Castro, creó la fundación Manuel Cepeda Vargas, en homenaje al exsenador de la Unión Patriótica, asesinado en agosto de 1994. La institución se enfoca en el trabajo de pedagogía social de la memoria.

El arte se convierte en una forma alterna de contar la historia del país, que puede denunciar las injusticias y sensibilizar a las personas desde la voz de las víctimas, según Girón. En este caso, el arte tiene el papel de sanar de forma colectiva las heridas de la sociedad.

Para Julissa Mosquera, mujer afrocolombiana e integrante de la Fundación Afrocultural Neftali Mosquera, el arte ayuda a que la denuncia no cause riesgos para las personas que hablan. "A este país le hace falta que en cada uno de nosotros haya un artista con sensibilidad, que pueda decir las cosas sin sentir miedo por decir o pensar diferente. Desde el arte puedes criticar sin que te cueste la vida", afirma Mosquera. Sin embargo, el arte que recuerda la memoria del conflicto también sufre ataques y persecuciones. La Fundación Manuel Cepeda Vargas, por ejemplo, tuvo que detener iniciativas sociales por las amenazas de muerte.

Tela en homenaje al fallecimiento del esposo de Andrea Vaca, miembro del Costutero Kilometros de Vida
Fotografía por Andrea Vaca

La sanación colectiva por medio de la memoria también se relaciona con rituales, bailes y cantos, que recuerdan a los ancestros.

El baile es la forma de liberar. Cuando nuestros ancestros fueron traídos como esclavos a América Latina, su forma de liberarse era mediante la música y la danza; ellos sacaban todo el dolor que tenían a través de la expresión corporal. El movimiento hace parte de ese ritual de sanación y de encontrarse con uno mismo. Cuando uno baila, uno se siente libre.

Para el colectivo La Comadre estos últimos años han sido profundamente dolorosos. Hemos tenido muchos compañeros que han muerto en atentados de grupos al margen de la ley. Muchos otros se fueron por el Covid. Hace poco una compañera del colectivo La Comadre, que se llama Rosmira, murió quemada en el incendio del Río Sucio, Chocó. Y estábamos nosotras en Villavicencio, cuando nos va llegando la noticia. Estábamos en plena sanación, y nos pusimos a llorar todas las mujeres. Después, empezamos a tocar los tambores y las marimbas, para sanar a partir del arte. Empezamos a danzar y a agradecerle a Dios por la vida de ella. Y cantamos y lloramos. Fue muy doloroso.

Nosotros tenemos nuestras tradiciones de sanación. Cuando mueren nuestros seres queridos, cantamos. Cuando mueren los niños, nosotros cantamos. Los despedimos cantando. Eso ayuda a mitigar el dolor, porque empezamos a recordarla, empezamos a hablar de la persona, cómo era. Esto ayuda muchísimo. Estas danzas no suelen tener nombre: son danzas sanadoras.

Collage realizado para representar la sanación a través del arte en el conflicto armado
Realizado por Sebastián Muñoz López y Luisa Sarmiento

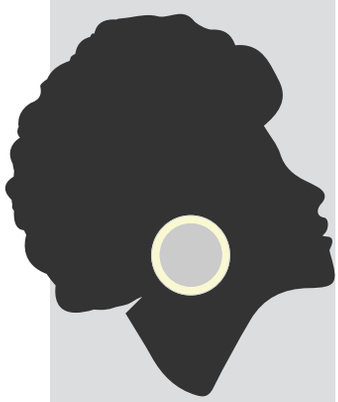
Yensis Bolaños es una psicóloga miembro de La Comadre, grupo enfocado en reunir mujeres afro en Bogotá, con el objetivo de crear lazos para compartir. En el grupo, las mujeres víctimas de distintas experiencias saben que no están solas. Yensis suele combinar lo que ella denomina “la medicina ancestral” con las estrategias de reparación psicológica. Dicha medicina ancestral se basa en la música y el contacto físico.

Las danzas sanadoras del grupo La Comadre tienen los ritmos del Pacífico, como el currulao y el mapalé. Silvia Rivera considera que los alabados (cantos funerarios), también de la costa Pacífica, tratan de darle un orden simbólico a la muerte, que es inevitable. “En el Chocó, el acceso a los servicios de salud tiene muchas trabas, todavía la muerte infantil es común”, comenta. Los alabados surgen, entonces, como una estrategia de los adultos mayores para agradecer el paso por la vida de la persona que se fue. Por ejemplo, en el caso de la muerte infantil, el alabado es un canto de celebración para abrir un lugar para el niño en el reino de los cielos.

Reunión mayo 2021, Costutero de Suba- Realizado por Sebastián Muñoz López

Reunión mayo 2021, Costutero de Suba- Realizado por Sebastián Muñoz López

Las mil caras del conflicto armado



Cuando llegué a Bogotá, una señora comenzó a insultarme por ser negra. En mi territorio, siempre me habían llamado por mi nombre, jamás por mi color de piel. Eso me marcó, me hizo sentir muy mal. Lloré mucho. Entonces, puse música y comencé a cantar. Ponía música de mis antepasados. Y me imaginaba cómo habría sido para ellos. Si a nosotros nos duele hoy, ¿cómo habrá sido antes?

Cuando hay desplazamiento, hay desarraigo. Y cuando uno llega a una ciudad grande, en donde uno no puede tener la tierra y el mar en los pies, ni el pescado en su plato, recién salido del mar, la memoria se va perdiendo. Con mi danza y canto, intento que no se pierda la memoria. Para no olvidar quién soy, para no olvidar mis raíces. Mis hijos nacieron en Bogotá, pero yo les enseño la yerba, la comida, la tradición y las costumbres de nosotros.

Yensis Bolaños sufrió desplazamiento forzado. Después del hecho, ha dedicado su vida a conectarse con comunidades afrodescendientes que pasaron por la misma experiencia. Ella considera que la música y la danza son elementos centrales para recordar el hogar que tuvo que dejar atrás debido al desplazamiento forzado. El arte, sin embargo, también le ayuda a enfrentar los desafíos recientes: su música y cultura le han permitido sostenerse, a pesar del racismo que experimentó en Bogotá. Yensis considera que uno de los relatos que comparten las víctimas de desplazamiento forzado es la discriminación que sufren cuando llegan a las grandes ciudades, en donde preservan su identidad y su arte como una forma de resistencia a pesar del rechazo.

Las víctimas del conflicto armado no pueden ser consideradas bajo una sola etiqueta: vienen de contextos sociales, económicos y culturales diferentes. La sanación, por lo tanto, debe ser también diferencial, atendiendo a las especificidades de cada persona. Características como lo son el color de piel, el género o la clase social, generan experiencias de vida distintas. Por ejemplo, un hombre afrocolombiano que ha podido acceder a estudios superiores y que adopta un papel de liderazgo en el interior de su asociación tiene una experiencia de vida diferente a una mujer afrocolombiana que no tuvo acceso a la educación formal, ni es parte de un movimiento social organizado, por más que ambos compartan el mismo color de piel. Considerar esas diferencias para el abordaje de las experiencias de las víctimas es lo que se denomina un enfoque “interseccional”.

Existen debates en el interior de los movimientos sociales con respecto a la definición de interseccionalidad. No obstante, esta suele definirse como la relación entre distintas categorías (el género, la etnia, la clase, la preferencia sexual) que pueden oprimir o brindar privilegio a los individuos, según la socióloga Avtar Brah, citada por las académicas Martha Zapata, Andrea Cuenca e Ismael Puga, en su texto “Guía de un enfoque interseccional: Metodología para el Diseño y Aplicación de Indicadores de Inclusión”. El enfoque interseccional permite una visión complementaria de esas categorías, para evitar percibirlas como aisladas, como comenta la socióloga Cynthia Anderson, en el mismo texto.

La popularidad del término comenzó desde su introducción por la abogada y especialista en teoría crítica, Kimberlé Williams Crenshaw, en su texto de 1989 “Demarginalizing the Intersection of Race and Sex”. Crenshaw resaltaba en el artículo que las leyes antidiscriminación suelen ser elaboradas “desde arriba”, es decir, por parte de los Gobiernos, Estados y de personas de élite. Esto implicaba que no se tenía en cuenta los relatos de las personas discriminadas. Crenshaw apuesta por repensar la discriminación “desde abajo”, o sea, a partir de las voces de las personas directamente discriminadas. En el arte afro e indígena, que también son practicados como forma de sanación en Colombia, los cambios se generan “de abajo hacia arriba”. Por eso, el arte también tiene un componente político en Afrodes y en la Asociación Afrocultural Neftalí Mosquera, y representa una denuncia política, social y cultural, que trasciende el mensaje estético, según algunas de sus integrantes.

Desde la época de la esclavitud, el arte afro ha significado resistencia. Las trenzas afro y sus decoraciones eran utilizadas para dibujar las rutas de escape que podían utilizar los esclavos, como lo expone la diseñadora gráfica Anny Paola Vayoles, en su artículo “Trenzas Afro como Identidad Cultural”. Julissa Mosquera afirma que actualmente el arte afro se ha convertido en un refugio, una forma de legitimar la cultura afrocolombiana.

Además, agrega que diferentes personas disfrutan del arte afro, pero la discriminación sigue estando presente. “A la gente le gusta el arte afro, lo que no les gusta es el color de la piel de la persona. Si eres negro, no puedes vivir en un buen barrio, tienes que vivir en las partes más recónditas de Bogotá. El arte afro es aceptado, pero cuando ya llegamos a la parte del color de piel, por ejemplo, una persona negra siendo gerente, la gente no lo acepta. La gente no quiere a las personas negras. Pero sí quieren sus costumbres, sus usos, sus bailes, sus colores.”

El arte indígena también ha significado resistencia. “Hay una mochila que tejí en un momento en que estaban matando a muchos hermanos de pueblos indígenas. Era tanto el dolor que había dentro de mí, que yo no dejaba de tejer la mochila en ningún lugar. Y yo la iba haciendo, y yo iba colocando ese dolor en cada puntada, en cada tejido, pero también ponía la fuerza necesaria para poder levantarnos y buscar cómo aunar esfuerzos para buscar formas de salvaguardar la vida de la gente de nuestro territorio.” Debido a la constante persecución que sufren los pueblos indígenas, Albenis Ortíz Tique ha utilizado el arte como una forma de sanación de su dolor; y de no olvidar.

Albenis es una mujer indígena Pijao de 63 años, cuya vida ha sido atravesada por el conflicto armado de forma constante. Desde pequeña fue desplazada debido a la violencia que persistía en su territorio, en el resguardo Palma Alta, en Natagaima, Tolima. Su padre fue desaparecido y su madre desplazada. Ella recuerda su pueblo con cariño, debido a las diferencias culturales en relación a la ciudad que habita actualmente: “los conceptos de ‘mi cama’ y ‘mi cuarto’ no existían, en mi pueblo había un cuarto grande y uno pequeño. Todos compartimos el espacio con todos. Hace 35 años he vivido un proceso de descolonización de mi pensamiento y de todo lo que yo soy, para reaprender lo que significa ser mujer Pijao”, comenta Albenis.

Considera que Natagaima tiene la fuerza que sus padres le dejaron. Los hilos y el tejer han sido la estrategia que ha utilizado Albenis para no olvidarse de sus propias raíces culturales y para sanar las heridas del conflicto armado. Desde pequeña, se conectó con el tejido y el bordado. Albenis afirma que el tejido indígena no tiene un significado comercial, pues se realiza con el objetivo de escribir la historia de los pueblos perseguidos. La sanación por daños generados por el conflicto armado está estrechamente ligada con la capacidad que tiene el tejido para reconectar a las personas con su identidad, su pasado y su historia.

Albenis considera que la identidad y la memoria también pueden construirse a partir de lazos de confianza con otros. Por ello, decidió unirse al colectivo de Mujeres Indígenas y Negras volviendo juntas a la Raíz, grupo en donde distintas mujeres afrodescendientes e indígenas se unen para fortalecer los lazos identitarios de forma conjunta. Albenis afirma que, en este espacio, se juntan distintas formas de sanación artística: el tejer, el canto, la pintura, el baile, en donde distintos grupos étnicos comparten su cultura a partir de la creatividad.

Estos se convierten en espacios de intercambio cultural, en donde mujeres comparten las múltiples formas que tienen para construir tejido: “Las mujeres Tule tejen las molas, sobreponen tela sobre tela, hacen unos cortes perfectos. Tú no ves ni el hilo, solo la forma. Eso es hermosísimo”.

El colectivo no se limita a crear belleza estética en el arte; su trabajo creativo trasciende la sanación interna, pues tiene una vocación social que atraviesa todas las esferas del país. El grupo es integrante de la Comisión Étnica para la Paz. Julissa Mosquera considera que el arte también se puede generar de forma colectiva, en espacios seguros en donde no será juzgado ni inferiorizado, para crear espacios políticos de sanación: “Nosotras fuimos quienes logramos incluir el capítulo étnico en el Acuerdo Final de Paz. Nosotros fuimos el tercer actor, así el Gobierno no lo reconozca”, afirma Mosquera de forma vehemente.

Estrategía de sanación a través del dibujo - Dibujo y fotografía realizado por Rubiela Giraldo

Lo masculino y lo femenino en la guerra y en el arte

El cuerpo de algunas mujeres estaba desnudo. El cuerpo de otras mujeres, con ropa y atuendo, vinculaban esta estrategia artística de música, de baile, de canto. Otras hacían poesía de denuncia sobre lo que ha pasado con sus cuerpos. Hay muchas canciones, cada vez hay más canciones de denuncia por el cual las mujeres están compartiendo esa rabia que tienen adentro y la están procesando. El arte sirve para sanar, pero también sirve para utilizar esa rabia y enojo de forma productiva, para hacer algo nuevo.

Cuando trabajamos con mujeres, desarrollamos muchas estrategias de pintura en los cuerpos. Esta es una estrategia muy bella, porque muchas pueden grabar en el cuerpo de otras imágenes que a ellas les han marcado. Algunas han dibujado con pintura las pistolas y cuchillos, cosas que les recuerdan el hecho victimizante. Pero otras han dibujado flores, arcoíris, lo que para ellas representa ese nuevo renacer. Esa posibilidad de dibujarse, de pintarse, está acompañada con un diálogo con la otra mujer que les permite hacer esa catarsis, haciéndose preguntas como "¿qué pasó? ¿Por qué me pasó a mí?". Esto les ayuda a hablar y encontrar salidas con su compañera.

Juliana Gil es una socióloga que ha trabajado con organizaciones como la Fundación Menonita Colombiana Para El Desarrollo y la Asociación para Justicia, Paz y Acción No Violenta, con el objetivo de ayudar a sanar a las víctimas del conflicto armado. Ella manifiesta que existen profundas diferencias entre las necesidades de cada grupo de víctimas y que, por ello, suelen separarse los participantes por su género y edad, para poder acoplar estrategias específicas que sean más efectivas según sus necesidades. De acuerdo con Juliana Gil, las experiencias en el conflicto armado son distintas para hombres y mujeres, ya que la crianza y lo que aprenden durante toda su vida sobre su rol en la sociedad, además de los papeles asignados en la guerra son distintos. Del mismo modo, añade que varios hombres no están acostumbrados a vincularse con elementos artísticos o culturales porque se les ha enseñado que estos son "femeninos".

Julissa Mosquera, defensora de los derechos humanos y miembro de la organización Afrocultural Neftali Mosquera, afirma que las mujeres y los hombres han sufrido la guerra desde diferentes miradas. La experiencia femenina, afirma, es atravesada por múltiples formas de victimización, porque el cuerpo de las mujeres se convierte en un "botín de guerra", es decir, pueden sufrir violaciones y abuso sexual. "Las mujeres hemos tenido que cargar los muertos, hemos puesto a los esposos, los hijos, los hermanos, hemos puesto nuestros propios cuerpos en la guerra", comenta, añadiendo que también se pueden invisibilizar los datos de la violencia hacia hombres. "Debido al machismo, varios hombres no comentan la violencia que sufren", relata.

Las personas homosexuales, transexuales, transgénero y bisexuales también sufren afectaciones profundas a su cuerpo. “Un hombre gay, una mujer lesbiana, o las personas trans, experimentan el conflicto armado con un maltrato diferente, porque su cuerpo es víctima de burla, de maltrato y violencia”, afirma Gina Suárez. Según el informe "La guerra inscrita en el cuerpo", del Centro Nacional de Memoria Histórica, las comunidades LGBT sufren “violaciones correctivas”, esto es, daños a sus cuerpos que los perpetradores perciben como justificados, asumiendo que su conducta pueda ser cambiada con la violencia.

Así como las heridas del conflicto son distintas para hombres y mujeres, heterosexuales o de población LGBT, la forma de cerrarlas también lo es. “En la lógica de la masculinidad y la virilidad, el arte, pintar, tejer, se ven muy femeninas. Pensarse la salud mental, pensarse la reparación, las lógicas del cuidado en general, no son tan cercanas a los ideales de masculinidad hegemónica”, afirma Cindy Jeanet Caro, magíster en estudios de género. Actualmente, el Costurero Kilómetros de Vida cuenta con una cantidad minoritaria de hombres que hacen parte de los procesos de reparación.

El Costurero Kilómetros de Vida y Mencoldes tienen iniciativas con el propósito de mostrar a distintos hombres víctimas de la violencia que el arte como mecanismo de sanación no les debe ser ajeno. Se utiliza el concepto de “nuevas masculinidades”, es decir, el mostrar a los hombres que no hay una única forma de ser hombres, que el arte y la atención a la salud mental no son sinónimos de debilidad, y que las lógicas de cuidado son tan humanas como necesarias. “Se trabaja la estrategia corporal: la danza, el contacto con otros hombres. Siempre con ellos nos encontramos con estas barreras de afecto y contacto”, narra Juliana Gil, de Mencoldes. Ella afirma que, con la música y la danza a los hombres se les olvida los estereotipos de masculinidad, es decir, la presión social y la forma en que se les ha enseñado sobre su masculinidad y sobre cómo el contacto con otros hombres les hace ver poco varoniles.

La socióloga también afirma que, con las mujeres, se utilizaba una estrategia diferente: el canto. Al escuchar las historias de las demás, las mujeres comprenden que no son las únicas que han sufrido hechos victimizantes, y se crean vínculos de apoyo en los que se comparte el dolor y la fuerza. Estos espacios buscan crear diálogos iguales entre las presentes, eliminando las jerarquías para darle una misma validez a todos los relatos.

Estigma frente a la salud mental: el arte como alternativa

Cuando me colocaron un psicólogo de la Unidad de Búsqueda [de Personas dadas por Desaparecidas], él solo me preguntaba '¿y usted qué hacía por allá metida?'. En vez de ayudar a sanar, pareciera que antes más le metían a uno el dedo en la herida. Uno queriendo olvidar, yo no quería hablar sobre eso. Y ellos en vez de buscar formas de ayudarle a uno a sanar, eran preguntando todo el tiempo. Yo les decía: "¿cómo no se va a acordar uno de todo, con todo lo que a uno le ha pasado y le ha sucedido?". Uno se ponía a llorar, porque uno repetía y repetía la historia como un loro.

Con Rosemberg, el psicólogo que utilizaba las estrategias de sanación artística, la historia fue bastante distinta. Él no me presionó para que contara mi historia. Para sanar a través del arte no tenía que repetir mi relato, solo tenía que dibujar. Él solo me decía: "usted tiene que sacar todo ese odio, toda esa rabia, todo ese resentimiento que tiene adentro. Mire que la vida es hermosa". Yo le decía a Rosemberg que, si todos los psicólogos fueran como él, yo hace tiempo habría sanado.

Sirley Acevedo, familiar de personas desaparecidas, explica que fue gracias al arte impartido en Mencoldes, al teatro y a la creación artística que ella pudo salir adelante. Anteriormente, había tenido experiencias negativas con psicólogos estatales que le obligaban a recordar el hecho victimizante. Entonces, el arte se convirtió en una forma íntima de sanar a través de la creatividad y la expresión personal.

Juan Manuel Lara, psicólogo y miembro del Costurero Kilómetros de Vida, dice que el proceso psicológico puede ser traumático, en la medida en que le exigen a la víctima repetir lo que ocurrió sin brindar consejos efectivos. El trauma suele representar un evento profundamente personal, por lo que varias víctimas relataron no sentirse cómodas con el método de sanación tradicionalmente utilizado en la psicología.

El programa de atención psicosocial y atención integral a víctimas (PAPSIVI) es el mecanismo diseñado por el Ministerio de Salud para brindar una resolución integral al conflicto; es decir, estableciendo medidas que permitan reparar de forma psicosocial a las personas afectadas por el conflicto. Sin embargo, personas entrevistadas en este reportaje, como lo son Sirley María Acevedo y Albenis Ortiz Tique, manifiestan que las estrategias establecidas por los mecanismos estatales no han sido suficiente para representar reparación a su dolor.

Andrés Bastidas, psicólogo y Magíster en Desarrollo Educativo y Social, quien ha trabajado con el Ministerio de Salud y fue participante del equipo que trabajó en el diseño, implementación, formación y seguimiento del PAPSIVI, afirma que es complicado que la totalidad de traumas del conflicto armado sean sanados por un programa de atención psicosocial. Esto debido a que las heridas emocionales, además de ser múltiples, surgieron mucho tiempo antes de que se desarrollara el programa y sus posibles repercusiones positivas en las víctimas del conflicto armado: “el PAPSIVI llegó a la atención del sufrimiento de las personas cinco años o más tarde después de que ocurrieron los hechos. Las mismas comunidades y personas han afrontado el sufrimiento porque tenían que afrontar la vida, y antes no había PAPSIVI”, comenta Andrés Bastidas. Entonces, el PAPSIVI apareció después de múltiples intervenciones psicológicas que habían sido desarrolladas por la sociedad civil, no por el Estado, por lo que la efectividad del tratamiento a daños emocionales no son exclusivos del PAPSIVI, sino de múltiples estrategias sobre un proceso de largo aliento, que es la recuperación emocional de las víctimas.

“Supongamos que una persona pasa por solo ocho sesiones de trabajo, más sesiones familiares, para tener un total de veinte sesiones, combinando las diferentes modalidades. Eso frente a una victimización que rompió sus lazos familiares, su pertenencia, su identidad, a mi modo de ver es apenas un inicio, o una continuación de lo que la persona ha venido realizando con anterioridad”, comenta Andrés Bastidas. De esta manera, el PAPSIVI es un elemento más, entre un sistema que debe alimentarse y un proyecto de largo aliento, que es el sanar las heridas emocionales del conflicto armado.

Tela realizada por el Costurero de Suba - Fotografía de archivo

“Desde el inicio del PAPSIVI, nosotros asumimos que la atención psicosocial debe tener un componente simbólico, es decir, debe tener la posibilidad de representar el sufrimiento. Lo que nosotros desarrollamos como técnicas expresivas y performativas, son herramientas soportadas y nutridas con elementos del arte”, comenta Andrés Bastidas Beltrán. Él comenta que desde los inicios del desarrollo del proyecto, el arte tuvo un componente central, debido a su capacidad para representar el sufrimiento y utilizar los símbolos como una herramienta de sanación. Las técnicas expresivas son estrategias utilizadas por el PAPSIVI que buscan atender las heridas a través del simbolismo: por ejemplo, el hecho de realizar velorios con familiares de la víctima, incluso si el cuerpo de la persona nunca apareció. Las técnicas performativas consisten en representar las emociones mediante el cuerpo, la danza, entre otros. Por último, las técnicas narrativas son aquellas que buscan comunicar el hecho acontecido a partir de la oralidad y la expresión.

“Muchas víctimas se sienten culpables por lo que les pasó”, menciona Andrés Bastidas. A través de las técnicas expresivas, narrativas y performativas, se busca que dicha culpa se pueda deshacer, a través de relatos más esperanzadores: “estas técnicas brindan la posibilidad de resignificar el sufrimiento. Sobre todo, entrar en la posibilidad de cuestionar la culpabilización que deja el daño psicosocial en las víctimas. Esto le permite a la víctima asumir que hubo otro ser humano, en muchas ocasiones, relacionados con el Estado, que vulneró sus derechos humanos”, comenta Andrés Bastidas.

Andrés Bastidas enfatiza en que la construcción de un vínculo entre el profesional de salud mental y la víctima es esencial para poder llevar a cabo un mejor proceso de tratamiento psicosocial: “la técnica en sí misma no genera la posibilidad de mitigar el sufrimiento, ésta debe ir acompañada con el vínculo intencional que se construye entre la víctima y el profesional”, comenta.

“Lo que nosotros hacemos es una atención psicosocial, que es muy distinta a un tratamiento clínico y terapéutico. La atención psicosocial tiene efectos terapéuticos, pero no es una intervención clínica basada en el tratamiento de una patología. Esto porque la mayoría de personas afectadas por el conflicto armado no desarrollan un trastorno psicológico”, manifiesta Andrés Bastidas. Él expresa que las tres técnicas del PAPSIVI, las expresivas, narrativas y performativas, se utilizan de forma conjunta para poder realizar generar una mejor atención psicosocial.

Además, el número de sesiones de atención por parte del PAPSIVI puede ser flexible. Por ello, después de las ocho sesiones estimadas, algunas víctimas pueden recibir nueva atención, dependiendo de sus necesidades. “”ahí también hay cuestiones administrativas, que se desarrollan con convenios con operadores. Un convenio tiene un inicio y un final, también tiene unas metas que cumplir. Estos elementos administrativos no los suele comprender la gente. Hay la apertura para extender las sesiones, pero a veces hay choques con los tiempos y las metas: algunos operadores incluso dicen que las sesiones no deberían ser ocho, sino menos”, expresa Andrés Bastidas.

Ana Abril, miembro del Costurero de Suba, intentó recurrir a la psiquiatría y al tratamiento médico, pero ella sentía que los medicamentos y recomendaciones que allí le compartieron no generaron una solución real. “Tú tomabas ciertas cosas y te sentías bien por un tiempo, pero era como una felicidad falsa, porque al otro día estabas mal de nuevo”, comenta. Ana afirma que, al construir lazos con el colectivo, al tejer sus pensamientos y al conversar y generar lazos de confianza, pudo, finalmente, construir un nuevo camino de vida. Del mismo modo, comenta que en estos espacios no solo se comparten los dolores, sino también las alegrías y espacios de felicidad: “Si ellas ven que no tengo trabajo, me ayudan a buscar. Uno comienza a cogerles cariño, porque te apoyan en cada área de tu vida, compartes tus éxitos, tus alegrías, tus tristezas, todo lo compartes”, comenta. Ana afirma que la psiquiatría puede tener beneficios, pero, en su caso particular, la estrategia más efectiva fue la de sanar a través del arte.

Albenis Ortiz, indígena Pijao, tampoco suele confiar en la psicología, pues sus primeras opciones a la hora de sanar sus heridas emocionales son la medicina ancestral y el arte. Ella afirma que mediante el yagé pudo “purgarse” de varios pensamientos y acciones negativas. “Yo espero, y cada vez que tengo la oportunidad, me voy corriendo para el Putumayo. Mi sanación no es ni el psicólogo, ni medicamentos, mi sanación está en la fuerza de la medicina tradicional: el yagé, y también la chicha. El arte es parte fundamental del tratamiento”, dice.

El PAPSIVI ha ido acomodándose a las nuevas necesidades que surgen a partir de las experiencias de distintas víctimas: “el PAPSIVI ha desarrollado un módulo étnico, que se adecúa a las cosmovisiones y cosmologías de las comunidades indígenas. Este no siempre suele ser guiado exclusivamente por profesionales de la salud mental, sino también por líderes de las mismas comunidades”, comenta Andrés Bastidas. De esta manera, las técnicas artísticas de sanación no son exclusivamente guiadas por profesionales o expertos en salud mental, pues desde las mismas comunidades, Bastidas considera que nacen estrategias efectivas para la sanación.

Ella reconoce que los psicólogos y psiquiatras pudieron salvar bastantes vidas. No obstante, su origen y raíz no le permiten sanar con una medicina que no considera “propia”, pues para ella, la verdadera sanación está en la relación que tienen las personas con su medicina y su creación artística.

El caso de Yensis Bolaños, de Afrodes, es semejante al de Albenis. “Las personas de mi comunidad no quieren ir al psicólogo, pero sí quieren ir a donde un médico ancestral. Y yo como soy sabedora, pues voy a combinar la sabiduría ancestral con la psicología”, afirma. Yensis cuenta que sana a través de la música, el arte y lo que ella denomina ancestralidad. Esta se basa en bailes y cantos que le permiten expresar su creatividad y que, según ella, vinculan su pasado y presente a través de muestras artísticas. La ancestralidad se presenta como un ejemplo de la relación entre el arte y la sanación, pues ambas se vinculan a partir de la historia y la identidad de las comunidades. “La psicología occidental viene con metodologías, exámenes, entrevistas estructuradas. Yo me acerco a la persona desde el arte, la ancestralidad, desde su religión, desde su fe, desde lo que les motiva a continuar en esta vida”, comenta Yensis.

Del mismo modo, el trabajo comunitario de Yensis Bolaños le ha permitido romper ideas negativas sobre la medicina ancestral que existían en varias personas de la sociedad colombiana. Por ejemplo, Bolaños ha realizado sanación a grupos de abogados, psicólogos, trabajadores sociales y antropólogos, e incluso a grupos de médicos. Esto le ha permitido trabajar con personas con cosmovisiones culturales distintas, lo que ha significado una sorpresa positiva para ellos, debido a que se suele desvalorizar la medicina ancestral como una “ciencia de segunda categoría”, afirma.

Lenguajes que sanan; lenguajes que hieren

Se hizo un evento con una organización importante. Ellos nos citaron a una hora, todas llegamos muy puntuales. Empezaron a pasar las horas y nada que llegaba la organización. Estábamos muy sorprendidas, porque se supone que ellos iban a grabar todo el evento y a tomar fotografías, recoger material para publicar el 9 de abril, Día de las Víctimas. Llegaron faltando 15 minutos para que se acabara el evento, entrevistaron a Marinita súper rápido, enfocaron una tela de uno de los grupos y eso fue todo. Cuando yo veo lo que publicaron y mostraron, se ve muy bonito, pero el trabajo de fondo y la realidad es que llegaron tarde, ni siquiera dijeron "buenas tardes, venimos a esto".

Sentimos una intromisión, como que rompieron el momento con su llegada. No preguntaron si podían filmar ni nada. A veces lo que hacen los medios es manosear los procesos. Llegan allí, toman lo que les interesa, para que al publicarlo se vea muy lindo, pero realmente, no siempre es un trabajo consciente. Obviamente hay otras personas que sí se toman el tiempo de conocer y presentarse a las costureras, de hacer algo más planeado, y no hacer las cosas tan rápido.

Para Zoraida Moyano, la sanación a través del arte requiere de múltiples factores, no solo el crear, sino también el poder comunicarlo. Es decir, no solo basta con construir arte, sino que también éste debe ser visto y representado de manera correcta por la sociedad. Ella considera que sanar a través del arte requiere que los mensajes de los colectivos de víctimas sean visibilizados y que sus colectivos sean reconocidos en la sociedad. En el pasado, algunas personas externas a los Costureros le mencionaban que el arte "no sirve para nada". La labor de los medios de comunicación en darle visibilidad ha sido profunda para costureros como el Costurero Kilómetros de Vida o el Costurero de Suba; éste último recientemente se está volviendo un espacio más conocido por la localidad. En este mismo marco, Jacqueline Castillo afirma que, para las Madres de Soacha, la alianza y el trabajo con medios les ha permitido expresar su creatividad y difundir su mensaje de manera más efectiva.

Reunión mayo 2021, Costurero de Suba- Fotografía por Sebastián Muñoz López

El arte sobre el conflicto armado tiene una finalidad de sanación y desahogo, como se ha expuesto en los ejemplos anteriores. Pero, más allá de la sanación personal e íntima de las víctimas, el arte tiene un objetivo de comunicación: “un pueblo que se comunica a través del arte es menos violento. Nosotras contamos nuestra historia a través del teatro y la música”, afirma Julissa Mosquera.

Ana Abril, miembro del Costurero de Suba, también reconoce el trabajo positivo del periodismo y la visibilización de los procesos de creación artística. No obstante, en varias ocasiones afirma que es difícil que los proyectos de sanación sean representados en su profundidad, pues el cubrimiento mediático solo ocurre en fechas conmemorativas, o cuando los grupos son conocidos: “obviamente, no es que construyas un Costurero y, de una vez, este se vuelva conocido. Tienes que tener cierto tiempo para que te presten atención”, afirma.

Diferentes personas entrevistadas cuestionaron las prácticas que ocurren en el cubrimiento mediático de sus presentaciones artísticas. Marina Salazar, Albenis Ortiz Tique y Yensis Bolaños expresaron que los procesos de sanación se pueden ver interrumpidos por las narrativas que, en algunas ocasiones, manejan los medios de comunicación para hablar sobre el arte y la construcción de paz.

Juan Manuel Lara, psicólogo y miembro del Costurero Kilómetros de Vida, considera que los medios aparecen solo cuando hay eventos grandes de rememoración histórica. Él recuerda que medios pequeños y universitarios se “entrometen” en los espacios del Costurero. “Llegaban, grababan y rompían el espacio de las víctimas. ‘Manoseaban’ a las comunidades, sacaban una información y nunca volvían”, manifiesta Lara. De hecho, él afirma que en varias ocasiones las personas del colectivo rechazaban el constante impulso que tenían los periodistas por excavar la intimidad de las víctimas, pues les preguntaban constantemente por sus memorias dolorosas, pidiéndoles que repitieran los hechos para difundirlos al ojo público.

Representación realizada por Ana Abril para recordar a su padre fallecido - Fotografía por Sebastián Muñoz López

El desconocimiento sobre las comunidades y su cultura es uno de los principales errores de los medios de comunicación que cubren el arte realizados por las víctimas. Julissa Mosquera, de la Asociación Afrocultural Neftali Mosquera, considera que no suele ser común el reconocimiento de personas negras en ámbitos distintos al deporte: "tenemos cantantes de la talla de Zully Murillo, tenemos escritoras maravillosas, tenemos pianistas, como la pianista de apellido Varela. Tenemos a la poeta Mary Grueso, que desde su poesía invita a la gente a reflexionarse", afirma ella. En este orden de ideas, Julissa considera que el arte de personas afrocolombianas se ve invisibilizado por los sesgos de la sociedad. La estigmatización de las mujeres, añade, suele causar el mismo problema.

No existe un consenso con respecto al lenguaje y los términos apropiados para referirse a las personas que fueron afectadas por el conflicto armado en Colombia. Si bien en coberturas mediáticas sobre arte de conflicto armado, se suele referir a las personas damnificadas por el conflicto como "víctimas", existe una disputa en el interior de los colectivos sobre cuáles términos pueden crear precedentes negativos. Por un lado, se suele considerar al término "víctima" como un concepto peyorativo, que debe ser reemplazado por el término "sobreviviente". Por otro lado, se considera que el término "sobreviviente" es un simple eufemismo que invisibiliza realidades de opresión. En la cobertura de temáticas artísticas, es común que los medios utilicen estos términos de forma indiscriminada.

Beatriz Méndez, de las Madres de Soacha, rechaza que se refieran a ella como víctima: "yo no soy víctima, yo soy madre de un joven que fue víctima, él es la víctima directa del conflicto armado. Incluso nosotras mismas nos llamamos víctimas, con un tono de lástima, pero yo soy sobreviviente", reclama Méndez. El término sobreviviente es percibido por ella como un término dotado de fortaleza, no de dolor y pésame.

Claudia Girón, psicóloga y miembro del Costurero Kilómetros de Vida, considera que el problema no es el término de víctima en sí mismo, sino la razón por la cual se ha construido un concepto negativo alrededor de este. El verdadero problema es el por qué se considera peyorativo al término "víctima". "Víctima, jurídicamente hablando, es una persona que puede ser super resiliente, super berraca, super frentera, super fuerte, a la que se le vulneró un derecho", afirma Girón. Ambas personas, tanto la víctima fuerte, como la víctima que quedó paralizada por el horror, merecen ser dignificadas. Por ello, el hecho de que la academia se indigne por la terminología no tiene sentido, según Girón, pues el verdadero problema es la asociación del término "víctima" como sinónimo de "debilidad".

El lenguaje en la cobertura mediática del arte, empleado de forma negativa, puede dificultar la sanación, pues termina reproduciendo estereotipos y mayor daño en el largo plazo. Silvia Rivera, psicoanalista y psicóloga, considera que varios medios de comunicación pueden ser difusores de violencia cultural en el país. “El hecho de prender las emisoras populares y que estén repletas de chistes machistas, clasistas y homofóbicos es una forma de violencia en sí misma”, dice.

“Varios medios tienen un afán de hablar por nosotras. Para eso estamos nosotras: nosotras podemos hablar y contar nuestra propia verdad”, dice Beatriz Méndez, de las Madres de Soacha. Ella considera que una de las principales formas de revictimización por parte de los recae en el amarillismo y en la manipulación de la verdad: “Los titulares amarillistas son abundantes. ‘Madres de Falsos Positivos, frente a frente a Montoya’: como si estuviéramos retándonos, como si nos fuéramos a agarrar”, comenta ella. A diferencia de varios medios independientes, Méndez comenta que los medios de comunicación masivos en el país suelen culpar directamente a las personas afectadas por el conflicto armado de su propio dolor, porque “por algo les pasó”.

Para Julissa Mosquera, no todo está perdido. Ella tiene la esperanza de que, a través de la comunicación del arte, se pueda cambiar la visión de la sociedad en torno a comunidades vulnerables: “el arte tiene un lenguaje propio. El arte puede poner a la gente a repensar. El arte puede sanar, pero también hace que los otros te vean desde otro lugar, para sensibilizar a las personas y denunciar sin temer por la vida propia”, afirma. En este orden de ideas, los medios deben poner atención a la forma en la que se relacionan con las víctimas y su arte, con el objetivo de generar mejores lazos de verdad y reparación.

“Primero deben acercarse, poco a poco. Conocer, hablar. Hay hermanos que son bastante resistentes a la gente de afuera, pero eso no es en vano”, comenta Albenis. Según ella, los estigmas pueden evitarse cuando las personas externas se acercan, para poder entablar diálogo y visibilizar su arte de forma correcta.

Marina Salazar considera que uno de los elementos más importantes para evitar la revictimización a partir de los medios de comunicación es a través del trabajo conjunto con los colectivos. “Los periodistas deben acercarse a los Costureros, unirse a ellos, irse de las manos con ellos”. Marina considera que, en muchas ocasiones, existe una desconexión y un trabajo apresurado por parte del periodismo, por lo que se dificultan los procesos de vinculación y trabajo conjunto.

La sanación a partir del encuentro

Con Mencoldes hicimos teatro. Hicimos teatro de una mujer maltratada y cómo el esposo la golpeaba. Cómo eran las mujeres sumisas (...). Un día vinieron víctimas del conflicto armado, hicimos un pequeño teatro mostrándoles a ellas cuáles eran las necesidades de nosotros. Nosotros podíamos superar ese dolor hablando a través del arte: el teatro, cantar, bailar, otras con poemas. Ahí lo decíamos, pero ya no lo hacíamos con tanto dolor, sino que se veía más bonito lo que decíamos y sentíamos. Si hablábamos y contábamos, nos poníamos a llorar.

Sirley Acevedo, de Mencoldes, recuerda el encuentro entre mujeres víctimas del conflicto armado y de otras agresiones en una obra de teatro. En la puesta en escena, compartieron sus relatos y crearon lazos de confianza en un espacio seguro. Al rodearse de personas con experiencias similares, pudieron abrir sus testimonios sin miedo de ser revictimizadas.

Gina Suárez, experta en temas de género y conflicto armado, comenta que los espacios de sanación colectiva a través del arte surgen como lugares de encuentro, cuando los espacios públicos, políticos, sociales y económicos están restringidos. Esto se ve representado con los relatos de Marina Salazar, quien fue víctima de desplazamiento forzado desde su niñez. El momento en que llegó a Bogotá fue un punto de quiebre en su vida, pues conoció al Costurero y a personas con historias de vida similares a la suya. Así, construyó un espacio de confianza, en donde varias mujeres compartían relatos de dolor, para sanar en conjunto: “lo importante es tejer este tejido social que está tan desbaratado”, comenta.

Ana Abril sosteniendo tela construida para preservar
la memoría historica del país - Fotografía por Sebastián Muñoz López

Marina afirma que mediante la tela se escribe la memoria de forma conjunta, narrando las historias de todas las personas del colectivo. Ha hecho parte de dos Costureros: el Costurero de Memoria Kilómetros de Vida y el Costurero de Suba. El primero tiene un enfoque en las víctimas del conflicto armado, mientras que el segundo, en diferentes victimizaciones poco visibles, como lo es la gentrificación en las grandes ciudades (es decir, el encarecimiento del costo de vida que obliga a las personas a desplazarse a otras zonas) y los feminicidios en Suba. “Hay mujeres que llegan al Costurero con un estado muy deplorable. Pero gracias a nuestras actividades, ellas comienzan a sanar y a mejorar.”

Silvia Rivera afirma que los espacios comunes resignifican las experiencias traumáticas de las víctimas. Ella ha trabajado con mujeres que sufrieron violencia sexual y que han sido acalladas y discriminadas, porque no se les creen sus relatos. Una vez se juntan, crean lazos de confianza y cooperación que permiten transformar las heridas del pasado.

El trabajo conjunto, sin embargo, también presenta desafíos. Claudia Girón cuenta que, en su experiencia con colectivos de víctimas, ha visto conflictos internos por los distintos reconocimientos que eran atribuidos, lo que significaba que algunas mujeres miembros del grupo podían ser más visibilizadas que otras. Además, debido al mismo dolor que generan los hechos victimizantes, Girón ha presenciado también "competencias con relación a quien era más víctima" y fracturas familiares.

Jacqueline Castillo, representante legal de las Madres de Soacha, afirma que es a través de la construcción del colectivo que varias madres pudieron cambiar su vida. Las performances (presentaciones teatrales o artísticas que combinan artes de diversos campos, como la música, la pintura y la danza) y los relatos conjuntos crean consciencia y le permiten hablar a mujeres que antes no podían. "Una de las mamitas de Soacha, había quedado en un absoluto silencio desde los hechos de la muerte de su hijo. Ella poco participaba, pocas palabras tenía. En un proceso que hicimos a través de la pintura, ella logró sacar todo lo que tenía acumulado. Ahora es una persona que participa en talleres, siempre está activa. Incluso, hemos tenido que pedirle que nos deje participar", dice.

"A medida que tú vas contando tu historia, vas ganando confianza y generando confianza en los demás", afirma Ana Abril, miembro del Costurero de Suba. Ella narra que varios hechos que dolieron en su vida, como la muerte de su padre, habían despertado en ella una gran tristeza. Al inicio, se sentía bastante incómoda compartiendo su historia. Una vez se generaron espacios de diálogo, en donde las otras mujeres comenzaron a compartir sus problemas, que, según Ana, podían ser mucho mayores que los de ella, el diálogo y la confianza mutua comenzaron a florecer.

Las experiencias de Albenis, Beatriz, Yensis, Ana, Jacqueline, Marina y Sirley muestran que el arte trata las heridas de los traumas que sufrieron en el marco del conflicto armado. Sin embargo, el arte no lo hace solo. La sanación también pasa por la construcción de espacios comunes, el respeto a las diferentes culturas y a la ancestralidad, la no revictimización por medio del lenguaje, y el combate al estigma en contra de las víctimas y de la salud mental. Si bien el dolor no termina, puede tener su sentido transformado en un nuevo motivo para seguir adelante.

Recursos visuales adaptados

Extraídos de:

https://www.pexels.com/es-es/
https://www.freepik.es
stock.adobe.com/es/images/id/336092063